



Nuevas formas de acción colectiva en América Latina: evolución y perspectivas

María Fernanda Somuano Ventura

► To cite this version:

María Fernanda Somuano Ventura. Nuevas formas de acción colectiva en América Latina: evolución y perspectivas. Encuentro de Latinoamericanistas Españoles (12. 2006. Santander): Viejas y nuevas alianzas entre América Latina y España, 2006, s.l., España. pp.768-784. halshs-00103831

HAL Id: halshs-00103831

<https://shs.hal.science/halshs-00103831>

Submitted on 5 Oct 2006

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

NUEVAS FORMAS DE PARTICIPACIÓN POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN Y PERSPECTIVAS

Ma. Fernanda SOMUANO VENTURA
El Colegio de México
fsomuano@colmex.mx

RESUMEN: Se ha argumentado que las transformaciones estructurales y culturales en América Latina, principalmente el impacto de la globalización y los cambios políticos derivados de los procesos democratizadores han generado nuevos tipos de acción colectiva en la región. El objetivo de este trabajo es analizar comparativamente en seis países latinoamericanos si la caída en la participación electoral en esos países ha sido compensada por otros tipos de participación política. Entre los hallazgos más importantes podemos señalar que la aún cuando la participación política no ha crecido, sí ha aumentado el activismo de los ciudadanos en organizaciones civiles y voluntarias. Asimismo, la relación encontrada entre activismo organizacional y participación no convencional puede generar, si el primero aumentara en un futuro cercano, retos importantes para las democracias no consolidadas de América Latina. Por su naturaleza, los modos de participación política no convencional o de protesta, basados en la acción directa, van en contra del modelo tradicional de intermediación de intereses de las democracias contemporáneas. Esto podría no representar un problema en democracias consolidadas con instituciones sólidas. No obstante, en democracias jóvenes como las latinoamericanas, en donde la sombra de la desconfianza en los principales actores políticos es la constante, la amenaza puede ser más problemática.

Para el análisis utilizamos las tres últimas oleadas de la Encuesta Mundial de Valores de 1990, 1995 y 2000 y los datos de los Latinobarómetros 1996 y 2004.

Palabras Clave: participación política, elecciones, organizaciones civiles, activismo político, participación electoral.

Mucho se ha argumentado que desde fines del siglo pasado los ciudadanos de diversas sociedades post-industriales han experimentado un alejamiento de los canales tradicionales de participación. Esto se ha visto reflejado en descensos en los niveles de participación electoral, un creciente sentimiento antipartidista y el decaimiento de las organizaciones civiles. Lo mismo se afirma de los países latinoamericanos. ¿Hasta qué punto estas afirmaciones son correctas? Y, en caso de serlo, ¿pueden generalizarse a todos los países latinoamericanos por igual? Aun cuando la participación electoral baja, ¿qué pasa con otros modos de participación política? ¿Por qué un ciudadano optaría por tomar las calles en vez de votar para expresar su inconformidad o insatisfacción con las políticas gubernamentales tanto en escenarios democráticos como autoritarios?

Algunos autores afirman que las transformaciones estructurales y culturales en América Latina, principalmente el impacto de la globalización y los cambios políticos derivados de los procesos democratizadores han generado nuevos tipos de acción colectiva que de alguna manera sustituyen viejas formas de acción política. Partiendo del hecho de que las tasas de participación electoral han disminuido en América Latina en los últimos años, el objetivo de este trabajo es analizar comparativamente si este deterioro ha sido sustituido por otros tipos de participación política y acción colectiva. Para el análisis utilizamos las tres últimas olas de la Encuesta Mundial de Valores de 1990, 1995 y 2000 y los datos de los Latinobarómetros 1996 y 2004.

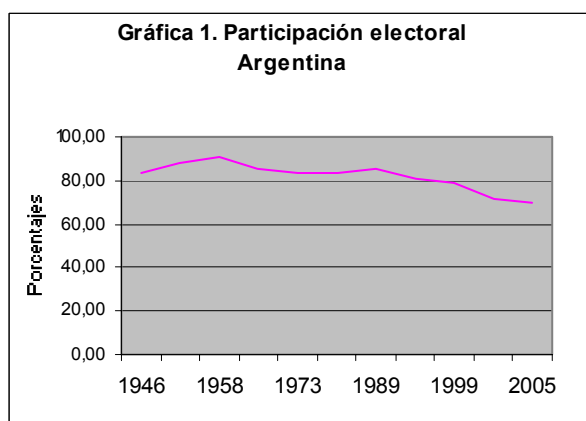
Las transiciones democráticas de los años 80 y 90 contribuyeron a la generación de una nueva matriz de dinámica política y modos de organización que aún no termina de formarse y que presenta importantes inconsistencias (Smith, Acuña y Gamarra 1994). Algunos estudiosos afirman que algunos de los actores más importantes del pasado, tales como los sindicatos o los militares, han experimentado una importante erosión de su poder (Drake 1996; Acuña y Smith 1995). Otros han llamado la atención sobre los actores emergentes tales como los movimientos sociales rurales o urbanos y las organizaciones no gubernamentales (ONGs) que han alzado la voz para defender a grupos y sectores permanentemente excluidos y marginados de la política nacional (Escobar y Alvarez 1992; Levine 1993; Foweraker 1995). Al mismo tiempo los partidos políticos y las instituciones parlamentarias luchan, con éxito muy moderado, por expandir sus roles en democracias débiles y poco institucionalizadas (Mainwaring and Scully 1995; O'Donnell 1996), caracterizadas por ejecutivos muy poderosos y por la irrupción de liderazgos neo-populistas (Roberts 1995).

La importante expansión de elecciones libres y gobiernos democráticos en América Latina durante las últimas tres décadas hicieron pensar a muchos que era la oportunidad para que buena parte de los ciudadanos se interesaran y participaran en los asuntos públicos. Sin embargo, en muchos estados de la región el establecimiento de elecciones libres y justas no ha estado acompañado de una sólida institucionalización democrática mediante una competencia efectiva de partidos, libertad de expresión y asociación, respeto y observancia de la ley, garantías de derechos humanos, rendición de cuentas y transparencia gubernamental. Por ejemplo, algunas democracias como las de la región andina han desarrollado la arquitectura de instituciones electorales competitivas pero en cambio han fracasado en la creación de las bases de una sociedad civil dinámica. Aunado a lo anterior, las constantes crisis económicas y los grandes sectores de la población que han sido excluidos de los beneficios del desarrollo económico, los movimientos de reivindicación indígena en países como Bolivia y Perú y la desconfianza política e institucional que parece un mal endémico de la región, mantienen latente el peligro de regresar al autoritarismo. ¿Existe evidencia de que estos factores hayan tenido alguna repercusión en la participación política de los ciudadanos?

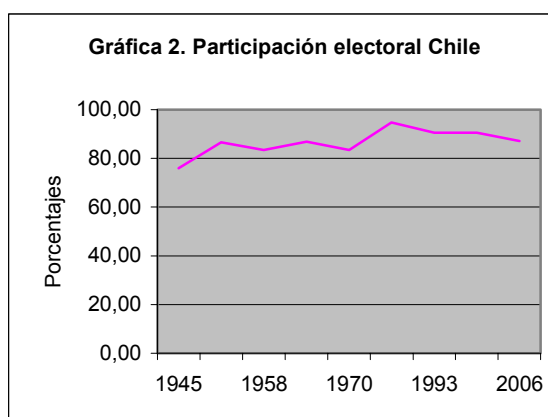
Antes de contestar esta pregunta es importante señalar que para propósitos de este trabajo definiré “participación política” como cualquier medio empleado como parte de un esfuerzo para influir en la selección de políticas públicas y en la distribución de bienes públicos independientemente de que quienes detentan el poder la acepten o no (Booth and Seligson 1978). Esta definición incluye actividades políticas generalmente consideradas “no convencionales” tales como protestas o manifestaciones ilegales. Aunque el voto es sin duda, la medida de participación política más común en las democracias liberales, quizá porque es una actividad relativamente sencilla, es sólo una de las diferentes modalidades de participación política que un individuo puede ejercer, y los resultados electorales son sólo un indicador parcial de la actividad política ciudadana en una sociedad. Por ende, nosotros incluiremos como parte de nuestro análisis tipos de participación política distintos del voto.

Empecemos entonces con la participación electoral. La participación electoral es particularmente importante en las democracias no consolidadas de América Latina porque, por una parte el abstencionismo reduce la capacidad de las elecciones para legitimar al gobierno y facilitar el ejercicio de la responsabilidad cívica; y por otro, incide sobre el funcionamiento de la democracia en la medida en que los grupos que sistemáticamente renuncian a participar en las elecciones tienen menor influencia en las decisiones políticas.

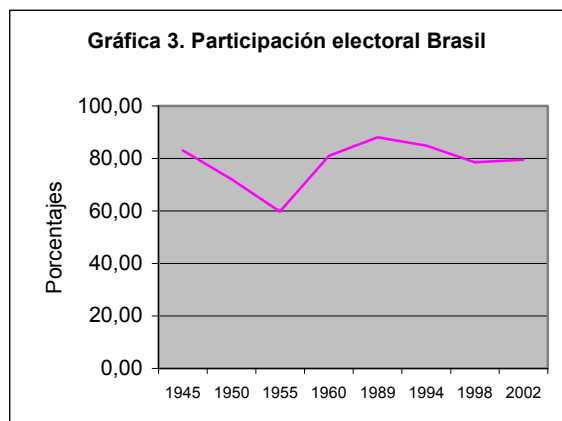
En las siguientes gráficas podemos observar la evolución de la participación electoral en varios países latinoamericanos de 1945 hasta la última elección de este siglo.¹ Es claro que no existe una evolución única para los países seleccionados. Mientras que Argentina, Chile, Uruguay comienzan el periodo con una tendencia al alza, México, Brasil, Perú y Venezuela lo hacen a la baja. Sin embargo, en donde sí parece haber coincidencia es en que, con excepción de Perú, todos los demás países incluidos en este estudio terminan el periodo con una tendencia a la baja en las cifras de participación electoral.



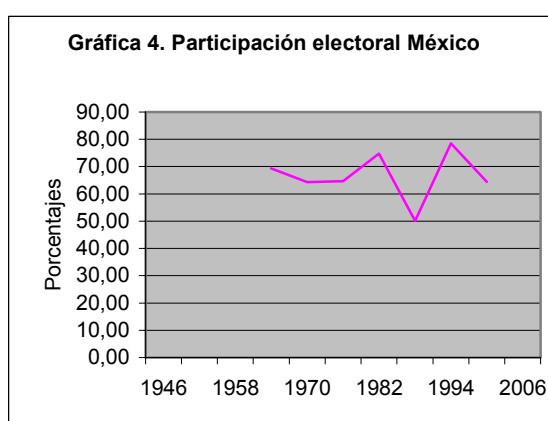
Fuente: elaboración propia.



Fuente: elaboración propia.

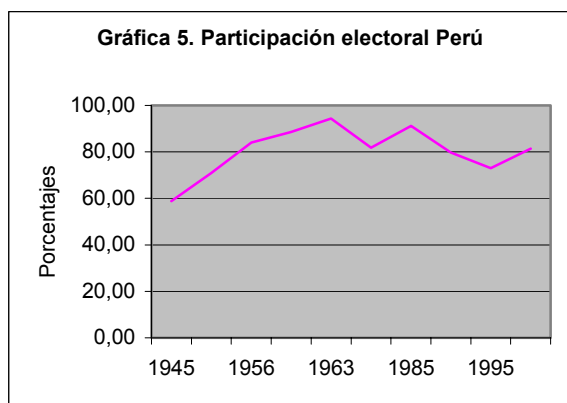


Fuente: elaboración propia.

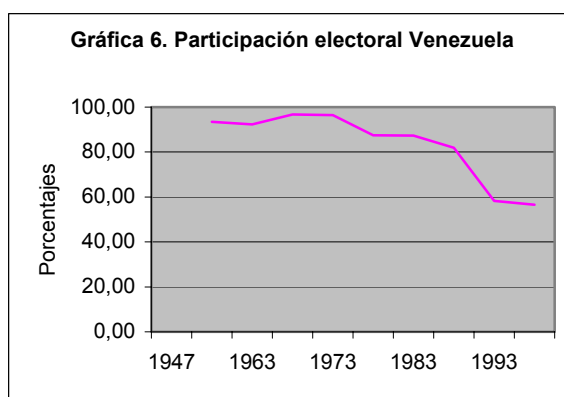


Fuente: elaboración propia.

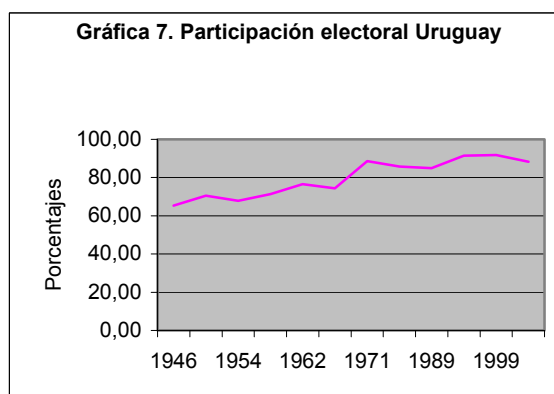
¹ Los datos utilizados en las gráficas 1 a 7 fueron tomados de la base de datos de IDEA Internacional *Voter Turnout from 1945 a 2000*. www.idea.int.



Fuente: elaboración propia.



Fuente: elaboración propia.



Fuente: elaboración propia.

En general podemos decir que las tendencias alcistas de los niveles de votación en los países seleccionados durante los primeros años que siguieron a la segunda Guerra Mundial pueden deberse al impacto de mayores niveles de educación y afluencia asociados a un mayor desarrollo económico. Es decir, los mayores niveles de urbanización, educación y nuevos agentes de movilización para la creciente clase obrera latinoamericana derivados de una primera fase de modernización podrían explicar aumentos en la participación electoral de los ciudadanos.

Tras los primeros años, sin embargo, es probable que los factores institucionales hayan tenido una incidencia importante en las variaciones de los niveles de votación en los distintos países. Entre estos elementos pueden mencionarse el tipo de elección (elecciones intermedias que no deciden ejecutivos pueden ser consideradas menos importantes); la fórmula electoral empleada (las fórmulas de representación proporcional al garantizar menos votos desperdiciados resultarían en menores niveles de abstencionismo); la frecuencia de convocatorias electorales (cuanto más frecuentes, menos presencia electoral); el carácter automático o voluntario de del registro electoral; entre otros (Franklin 1996; Lijphart 1997).

Todos los países incluidos en este estudio son presidencialistas, aunque con variaciones en el sistema de elección, pues algunos son a dos vueltas y otros sólo a una. La frecuencia de elecciones presidenciales (que son las que vamos a analizar) varía en un rango de 4 a 6 años. En todos existe obligatoriedad del voto, aunque en Uruguay, Chile y Perú existen sanciones de tipo económico para quien no cumple el deber de votar. Esto explica en alguna medida por qué estos tres países tienden a tener mayores niveles de votación que los demás. En el caso de México y Venezuela no existen sanciones y en los casos de Argentina y Brasil aunque existen sanciones formalmente no se aplican. La cuestión de la obligatoriedad del voto es interesante pues existen estudios que por medio de encuestas han mostrado que si se instaurara el voto facultativo en varios países de América Latina, los índices de votación podrían caer hasta un 30% (Lijphart 1997). Un caso específico que puede ser ilustrativo al respecto es Venezuela. Este país presentaba, a lo largo de las últimas décadas, niveles de votación que

rondaban el 80 y 90 por ciento. Luego de la abolición en la práctica del voto obligatorio en 1993 (al eliminarse las penalidades previstas para quienes no concurrieran a las urnas, la participación electoral cayó a niveles por debajo del 60%).

Es importante mencionar que durante la década de los noventa se registraron distintas modificaciones legales en la estructura institucional de la mayoría de los países latinoamericanos en el ámbito constitucional, pero también en el marco dibujado por las leyes de partidos y las leyes electorales. En el seno de la representación y de la participación política estas modificaciones se centraron en aspectos muy diversos. Con respecto al Poder Ejecutivo se siguió la tendencia de introducir la fórmula de elección a doble vuelta, como fue en los casos de las reformas constitucionales de Argentina y Uruguay, y a establecer la posibilidad de la reelección como aconteció en Argentina, Brasil y Venezuela. Con respecto al Poder Legislativo, las reformas constitucionales introducidas eliminaron el bicameralismo histórico de Perú y Venezuela, países en los que también se disminuyó el tamaño de las Cámaras, y en lo que se refiere a los sistemas electorales se continuó con la tradición proporcional, abriendo la posibilidad del voto preferencial en Ecuador y Perú (Alcántara, 2001)

Aun reconociendo la importancia que estos factores institucionales puedan tener, vale la pena reocordar que en muchos países latinoamericanos ha habido en los últimos años un considerable aumento de las tasas de abstencionismo, sin que puedan ser atribuidos a cambios institucionales.

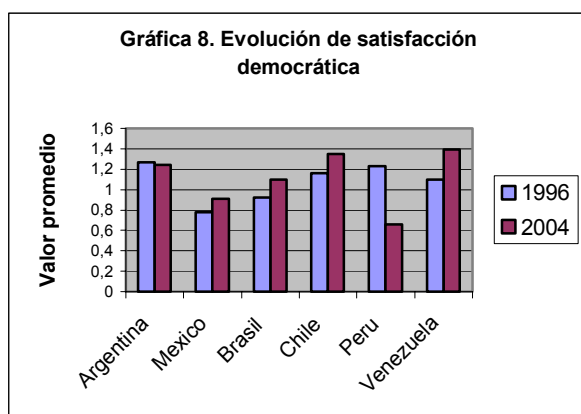
Dentro de las explicaciones más políticas encontramos tanto las relativas a la forma de reacción del ciudadano frente a la oferta electoral, como las que centran su poder explicativo en el peso de los partidos políticos, los grupos o asociaciones profesionales y los medios de comunicación como agentes de movilización electoral (Gaxie, 1989). Siguiendo este enfoque, en ciertos casos, cuando se registra una baja concurrencia se debe a la ausencia de una verdadera competencia, sea porque no hay diferencia entre los candidatos o porque se da una situación de monopolio local, con un partido que tiene el triunfo asegurado. Este fue por mucho tiempo el caso mexicano, en donde el monopolio del Partido Revolucionario Institucional (PRI) restó por mucho tiempo relevancia a las elecciones. Desde otro ángulo se puede decir que cuanto más competitiva sea una elección y más haya en juego, mayor puede llegar a ser el interés de las propias maquinarias partidistas por movilizar al electorado originando en los casos latinoamericanos picos ascendentes en los niveles de votación dentro de una tendencia general declinante.

Hay autores que afirman que las crecientes desigualdades sociales producen un fuerte sentido de exclusión al causar una ruptura de la noción de pertenencia a la comunidad (Rosanvallon 1995). Por ejemplo, en el estudio comparativo de Vitullo (s/f) sobre Brasil y Argentina, el autor encuentra una relación inversa entre grado de desarrollo de los distritos de ambos países con el nivel de abstencionismo encontrado en estos. Esto hace concluir al autor que el alza en el abstencionismo es síntoma de una severa desestructuración social en donde la política está cada vez alejada del ciudadano medio y en donde la democracia es percibida cada vez más como una formalidad vacía (p.243).

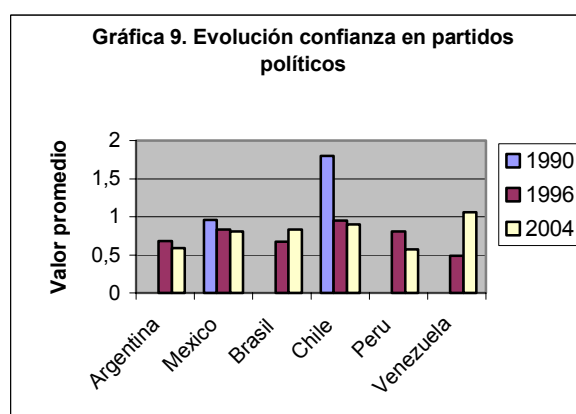
Muy relacionado con este punto, el descrédito del sistema político, en especial de su actor más importante: los partidos políticos también ha sido mencionado como un factor fundamental en la tendencia a la baja de la participación electoral. Este parece ser un elemento común en varios países latinoamericanos. La crisis y el agotamiento de las formas y actores tradicionales no es en lo más mínimo un hecho aislado, sino que tiene su impacto en los ciudadanos, en su cultura política y en el propio funcionamiento de la democracia. Así, observamos el surgimiento de nuevas formas de acción colectiva que se articulan con el fin de subsanar los problemas de representatividad y canalización de ciertos intereses y demandas de un colectivo insatisfecho que ha comenzado a cuestionar la política tradicional, es decir aquella política desarrollada básicamente mediante el partido político como tipo de mediación y organización (Lechner 1996; González 1997). Venezuela es el mejor ejemplo de cómo el descrédito y la deslegitimación de un sistema de partidos que parecía consolidado puede afectar los niveles de participación electoral. De hecho, a partir del estallido social de 1989, en el que los venezolanos relacionaron el declive económico con los partidos políticos y su incapacidad para gestionar el gobierno, la participación electoral tiene una fuerte caída cuya tendencia sigue bajando estrepitosamente.

Lo cierto es que la disminución en las tasas de participación electoral ha estado acompañada en varios de los países aquí estudiados por un progresivo descrédito de las instituciones políticas

(particularmente los partidos políticos) reflejado en una disminución en la confianza que los ciudadanos tienen en aquéllas.

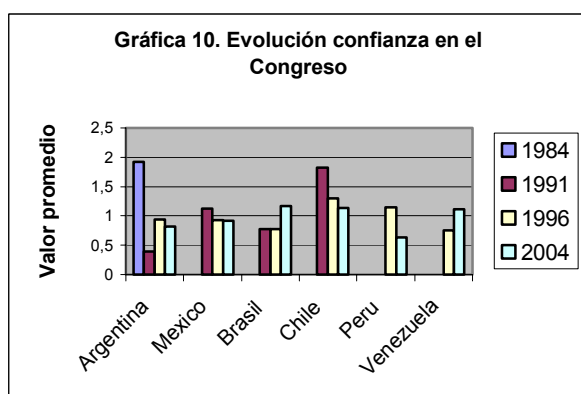


Fuente: elaboración propia.

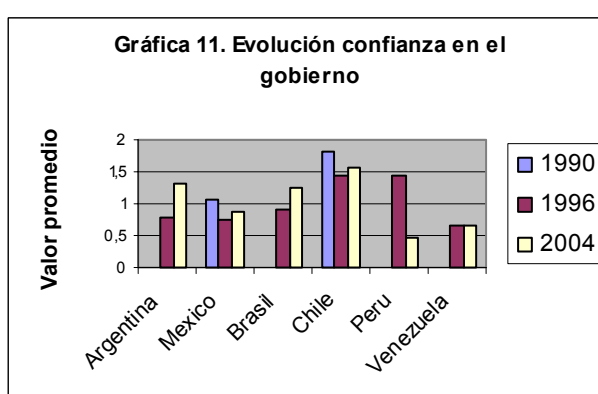


Fuente: elaboración propia.

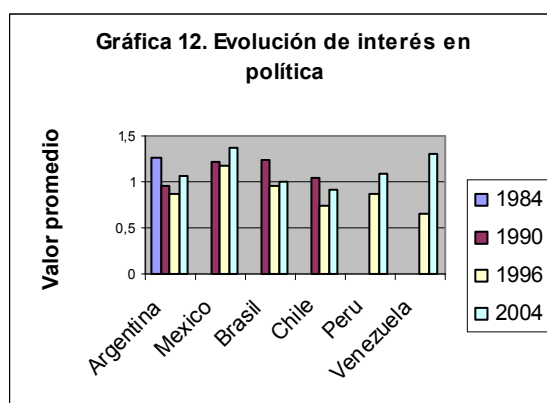
La gráfica 8 se refiere a la evaluación que los ciudadanos en seis países de América Latina hacen sobre su satisfacción con la democracia de su país.² El valor que aparece en la gráfica es el valor promedio de respuestas medidas en una escala de 0 a 4, en donde 0 es nada satisfecho y 4 es muy satisfecho. Como puede verse, con excepción de Argentina y Perú, puede observarse un aumento de la satisfacción de la democracia en el resto de los países. Es importante hacer notar, que no obstante estos aumentos, los valores promedio de satisfacción con la democracia para los países incluidos son más bien bajos (el mayor de 1.4), es decir la mayoría de los ciudadanos de los países seleccionados se encuentran entre nada y poco satisfechos con la democracia.



Fuente: elaboración propia.



Fuente: elaboración propia.



Fuente: elaboración propia.

² La pregunta que se hizo a los encuestados fue: En general ¿Diría usted que está muy satisfecho, más bien satisfecho, no muy satisfecho o nada satisfecho con el funcionamiento de la democracia en (país)?

Algo similar pasa con las tres gráficas de confianza institucional (confianza en el congreso, en los partidos políticos y en el gobierno) Las gráficas 9, 10 y 11 muestran el valor promedio de respuesta que los ciudadanos dieron a la siguiente pregunta: “Por favor, para cada uno de los grupos, instituciones o personas mencionadas en esta lista, ¿Cuánta confianza tiene usted en ()? Las opciones de respuesta eran de 0 a 3, en donde 0 es nada y 3 mucha confianza. Como puede verse, la institución mejor librada es el gobierno que obtiene valores promedio de confianza de alrededor de 1.5. Los niveles de confianza en esta institución crecieron en Argentina y Brasil, permanecieron igual en Venezuela y en México y Chile subieron en 2000 con respecto a los datos de 1996, pero bajaron con respecto a los datos de 1990.

Los niveles de confianza en el congreso no son muy alentadores. Esta vez se concentran alrededor del valor 1 y en países como Argentina, México, Chile y Perú tuvo sensibles caídas en el periodo 1984-2004. Como puede verse en la gráfica 9 la institución en la que los ciudadanos tienen menos confianza de las tres analizadas son los partidos políticos, quienes quitando el dato de Chile 1990, prácticamente no alcanzan el valor de 1 en ningún país. Más aún, con excepción de Brasil y Venezuela, los niveles promedio de confianza empeoraron en los demás países, alcanzando valores tan bajos como el .5 de Perú 2000.

La tabla 1 muestra el cambio neto en la confianza en los partidos para todos los países latinoamericanos de 1997 a 2003. De nuevo, queda claro que los partidos han registrado una sensible pérdida en la confianza que los ciudadanos les profesan.

Tabla 1. Cambio en la confianza hacia los partidos políticos en América Latina, 1997-2003

Países	% ciudadanos que confía en partidos, 1997	% ciudadanos que confía en partidos, 2003	Cambio
El Salvador	45	11	-34
Honduras	40	12	-28
Uruguay	45	18	-27
Nicaragua	30	8	-22
Chile	35	13	-22
México	31	10	-21
Argentina	29	8	-21
Costa Rica	26	10	-16
Guatemala	24	8	-16
Paraguay	27	12	-15
Bolivia	20	6	-14
Panamá	28	15	-13
Perú	20	8	-12
Colombia	21	9	-12
Ecuador	16	5	-11
Venezuela	21	14	-7
Brasil	18	16	-2
América Latina (promedio)	28	11	-17

Fuente: Latinobarómetro, 1997-2003.

Estos datos son preocupantes por varias razones. Primero, sería difícil discrepar con la idea de que los partidos políticos son una pieza crucial en las democracias representativas modernas. Los partidos cumplen múltiples funciones: simplifican y estructuran la oferta electoral; organizan campañas y movilizan electores; articulan y agregan intereses diversos; promueven la comunicación y el debate; realizan la capacitación, reclutamiento y selección de candidatos y organizan el gobierno. Más aún, los

partidos no sólo son los conductos más importantes de la participación política, también sirven para impulsar y reforzar la participación electoral. Desafortunadamente para las democracias latinoamericanas, sus organizaciones partidistas a menudo permanecen muy poco institucionalizadas. Generalmente reflejan el apoyo personal para ciertos líderes o fracciones parlamentarias generadas por el clientelismo y el patronazgo, no tienen una base programática, ni un conjunto de principios ideológicos bien definido y coherente, ni tampoco una estructura organizacional estable. Además, problemas de corrupción y manejo particular del poder, ausencia de promoción de nuevos líderes, falta de transparencia, discursos demagógicos y clientelistas, prácticas caudillescas y poco democráticas al interior de los mismos partidos, así como la incapacidad de éstos para asumir los nuevos retos inherentes a la nueva complejidad de la sociedad, especialmente a las formas sociales emergentes con la globalidad y el ajuste estructural también son algunos de los rasgos característicos del accionar de los partidos políticos en América Latina y de su marcado desprestigio. No es de extrañar entonces la poca confianza que tienen los latinoamericanos en esta institución, hecho que erosiona su legitimidad y limita su función como medio para canalizar la participación política convencional.

Como casos particulares podemos mencionar una vez más el caso de Venezuela que sufrió el desmoronamiento de un sistema de partidos relativamente consolidado para dar paso a la consagración de modelos autoritarios como alternativas de ejercicio del poder. Asimismo, en los demás países andinos, el desprestigio de los partidos en 2004 era tan grande que el 52% de los ciudadanos creían que los dirigentes empresariales pueden ofrecer un mejor liderazgo que los políticos³ (entrevista a Kristen Simple).

Por último, en lo que se refiere al nivel promedio de interés en política, medido también en una escala de 0 a 3 en donde 0 representa nada de interés y 3 mucho interés, la mayoría de los países seleccionados se encuentran alrededor del 1 y sólo México 2004 y Venezuela 2004 se acercan al 1.5. Ese bajo interés en los asuntos políticos, aunado a la desconfianza ciudadana en las instituciones puede ser el síntoma de un proceso de alienación política que podría tener repercusiones muy negativas en las democracias no consolidadas de América Latina. Más adelante veremos si existe más evidencia de que esto esté ocurriendo.

Hemos visto entonces que por un lado la participación electoral, que constituye la participación convencional por excelencia, ha disminuido y parece continuar con una tendencia a la baja. Por otro, los niveles de confianza institucional se mantienen muy bajos. Por lo tanto, la pregunta que se antoja ahora es ¿qué ha pasado con la participación no convencional o de protesta? ¿Acaso los ciudadanos han optado por esta última en sustitución de la primera?

La participación no convencional o de protesta

Diversos autores sostienen que los canales tradicionalmente usados para el activismo político y la movilización se transformaron desde la posguerra. Posteriormente, a comienzos de los años 70 se formó una pléyade de nuevos grupos ambientalistas en Norteamérica y Europa; un movimiento de mujeres nuevo y más firme pasó a engrosar los grupos de mujeres ya existentes; durante esta misma década se multiplicaron los grupos de consumidores y de autoayuda; y a estos grupos se unió temporalmente un movimiento de paz revitalizado a comienzos de los años 80 (Dalton y Kuechler 1992). Estos grupos son en la actualidad actores importantes y combativos en la vida política de muchas democracias occidentales.

En América Latina, durante la segunda parte de los '90 la región aparece atravesada por diferentes movimientos sociales de significación nacional. A manera de ejemplo podemos mencionar, entre otras experiencias la "Guerra del Agua" cochabambina y las luchas del movimiento cocalero en el Chapare boliviano; los levantamientos indígenas impulsados por la CONAIE en Ecuador en 1996 y en 2000 que culminan en ambos casos con la caída de los gobiernos; la emergencia y extensión del movimiento de trabajadores desocupados en Argentina y las movilizaciones y protestas que desencadenaron la renuncia del gobierno en los finales de 2001; las iniciativas de ocupaciones de tierras masivas de carácter nacional acometidas por el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra (MST) en Brasil;

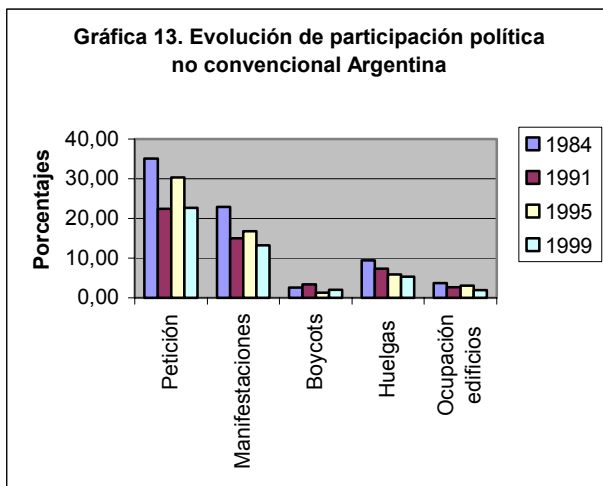
³ "La credibilidad y confianza en los partidos políticos andinos son las más bajas de América Latina" Entrevista a Kristen Simple, Jun 25, 2004.

las movilizaciones campesinas en Paraguay que habrán de jugar un rol importante en la caída del presidente Cubas Grau; las intensas protestas sociales en Perú (particularmente la experiencia de la Frentes Cívicos regionales) que signarán el fin del régimen de Fujimori; y, el movimiento zapatista en México.

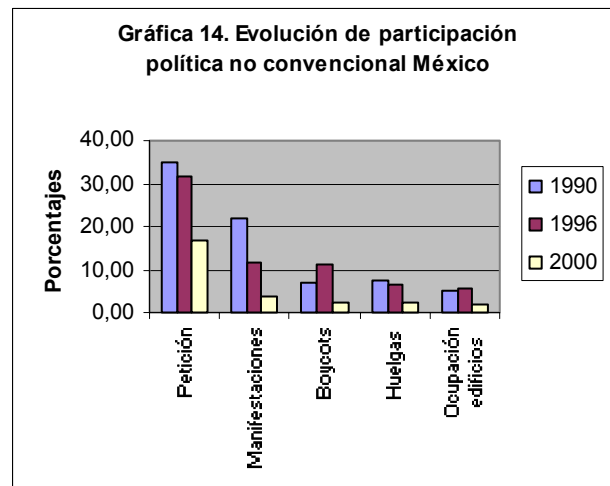
Los nuevos movimientos sociales y las redes transnacionales en América Latina surgen efecivamente como mecanismos alternativos de participación para los activistas. Un punto que cabe destacar es que estos movimientos y redes han adoptado como estrategias de acción repertorios de acción individual y colectiva que combinan modos de participación tradicionales como el voto y el cabildeo, con modos no convencionales que incluyen boicots, protestas en las calles o la acción directa, incluso violenta (Barnes y Kaase 1979; Norris 1992).

Aun cuando las acciones de protesta y otras formas de acción colectiva son características de las democracias, estas actividades habían estado ausentes de los primeros estudios empíricos sobre participación política. De acuerdo con Dalton (1996), la omisión reflejaba los bajos grados de protesta que existieron en los años 1950s y principios de los 1960s. La creciente ola de participación política no convencional y de protesta en años recientes ha estimulado la aparición de estudios que tratan el tema (Muller 1979; Marsh 1977; Barnes Kaase, et al. 1979).

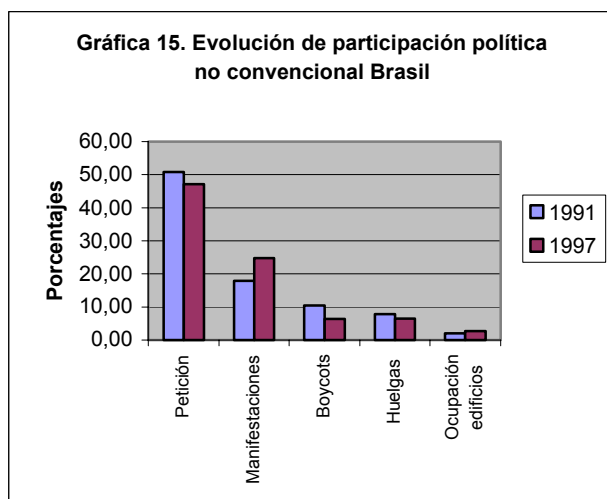
Una primera aproximación a la participación política no convencional o de protesta en los distintos países que cubre este estudio se muestra en las siguientes gráficas. Como dijimos anteriormente, y de acuerdo con Muller y Marsh, la participación política no convencional puede entenderse como un *continuum* marcado por diversos umbrales. En los umbrales más bajos se encuentran actividades como firma de peticiones o asistencia a manifestaciones legales y en los más altos actividades que pueden comprender acciones violentas como daño en propiedad ajena o agresión personal. Un hallazgo interesante de la literatura especializada es que la participación política no convencional parece ser acumulativa. Es decir, los individuos que están en alguno de los grupos mencionados tienden a involucrarse también en modos de participación que se encuentran en niveles inferiores.



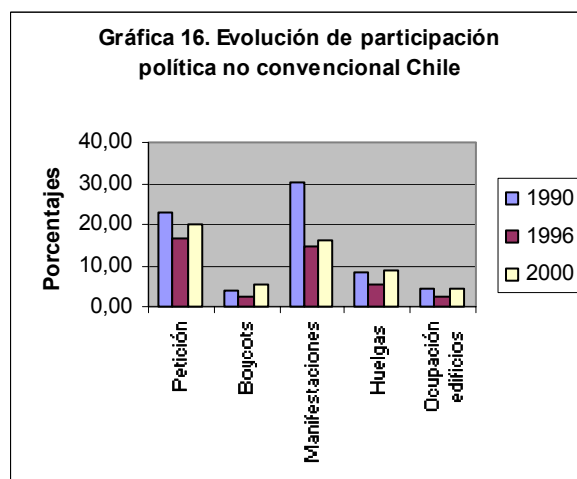
Fuente: elaboración propia.



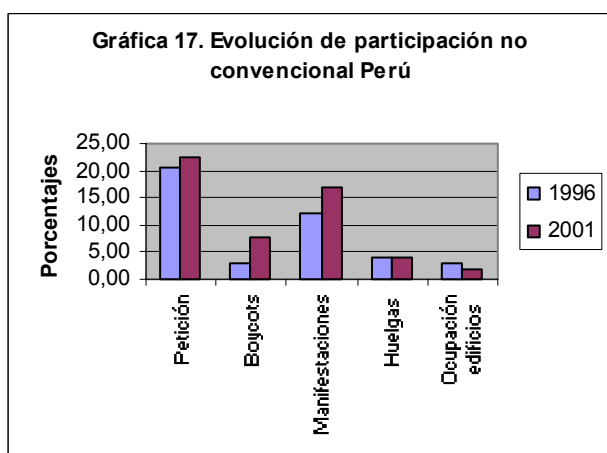
Fuente: elaboración propia.



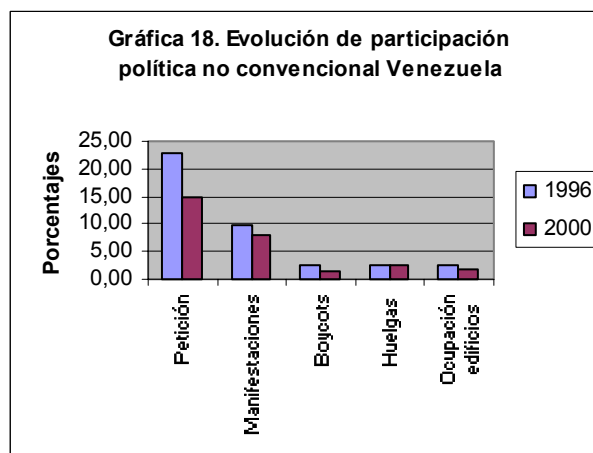
Fuente: elaboración propia.



Fuente: elaboración propia.



Fuente: elaboración propia.



Fuente: elaboración propia.

Claramente, al ser una forma muy leve de participación no convencional, firmar peticiones es el acto preferido de los ciudadanos en los países seleccionados. El porcentaje de ciudadanos que admite que ha firmado una petición ronda entre 20 y 30% (con excepción de Brasil que se acerca al 50%), este porcentaje se encuentra muy por debajo de democracias industriales como Canadá, Gran Bretaña, Suecia o Estados Unidos, en donde alcanza hasta 70-75%, pero es parecido al de otras democracias como Finlandia (34%) y es mucho mayor que el de España (18%).

La actividad que le sigue a las peticiones es la manifestación, que en definitiva fue el acto de protesta preferido en todos los países en los noventa. Es interesante mencionar que algunos estudios recientes muestran que aunque las manifestaciones siguen ocupando un lugar prioritario en el repertorio de la participación no convencional en América Latina, nuevos tipos de acción están ganando terreno, como son los boicots, los cortes de calles, la cadena humana, el cacerolazo, la muestra artística.

Tabla 2. Media de participación no convencional

	1990	2000
Argentina	.48	.42
México	.68	.27
Brasil	.87	.86
Chile	.67	.50
	1996	2001
Perú	.39	.49
Venezuela	.38	.27

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Mundial de Valores

En todos los países la media de participación no convencional bajó de 1990 a 2000 (Ver cuadro 2.) En casi todos los países, los ochenta representaron un periodo de intensas movilizaciones sociales que fueron disminuyendo hacia fines de la década. En algunos, durante la primera mitad de los noventa todavía se registraron momentos importantes de movilización social. Por ejemplo, en Argentina 1994, principios de 1995 y 1997 (durante los dos mandatos de Menem) fueron los años de mayor número de protestas dentro del periodo 1991-2003. La mayoría de las protestas fueron convocadas por los sindicatos por demandas salariales (37%). Las demandas económicas (contra las privatizaciones, contra el ajuste, contra aumento de impuestos y a favor de la devolución de ahorros) fueron el segundo motivo más importante de las movilizaciones (18%) (Shuster, et al., 2006).

México y Chile presentan las bajas más sensibles en la participación de protesta. En México la segunda mitad de los ochenta y principios de los noventa fue un periodo de importantes movilizaciones entre las que destacan el movimieto cardenista y los de las organizaciones urbano-populares formadas a raíz del sismo de 1985. Hacia el 2000, en un contexto de mayor apertura y libertad de acción se da un proceso de desmovilización y de búsqueda de formas institucionales de acción colectiva, quizá porque los medios e instrumentos extralegales pierden legitimidad en el nuevo contexto (Hipscher, 1996).

Algo similar sucedió en Chile. Tras una amplísima movilización social en los últimos años de la dictadura, los primeros años de la transición democrática coinciden con una disminución de la protesta social. Aunque a partir de 1994 surgen movimientos y protestas masivas como el de los estudiantes, funcionarios públicos e indígenas, el Chile de los noventa se caracterizó por un declive en la participación política no convencional. Cambios estructurales en las esferas económica, social, cultural y política afectaron tanto la capacidad de convocatoria como la sustentabilidad y éxito de la movilización social; en un contexto de apertura democrática, los activistas encontraban más atractiva la canalización de demandas por la vía institucional.

En cambio, el aumento que se da en la media de participación no convencional en Perú se puede explicar debido a que en el 2000 afrontaba la mayor crisis política de la región, que lo llevaría a refundar sus canales de representación popular.

Brasil presenta los niveles más altos de participación no convencional (media .86 en 2000). Estos datos coinciden con el Índice de Participación Ciudadana elaborado por la Red Interamericana para la Democracia (RID), que también sitúa a Brasil como el país que reporta mayores niveles de participación ciudadana.⁴ Como se verá más adelante, la canalización de este tipo de participación se da mediante las organizaciones educativas y de profesionistas.

Finalmente, una pregunta queda en el aire, ¿hay algún tipo de participación que haya podido sustituir las caídas en los dos tipos analizados? Al parecer sí. A diferencia de lo que está ocurriendo en diversas democracias occidentales en donde se habla del decaimiento del capital social, en América Latina hubo un aumento, en algunos casos sustantivo, en otros modesto, del activismo ciudadano en organizaciones voluntarias o civiles, lo que algunos autores han llamado la dimensión estructural del capital social.⁵

Tabla 3. Media de membresía en organizaciones civiles o voluntarias

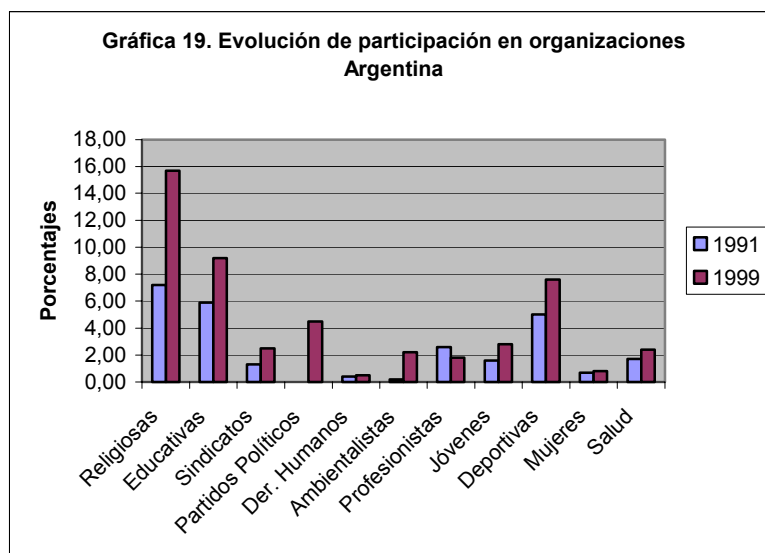
	1990-1991	2000-2001
Argentina	.27	.62
México	.58	.96
Brasil	.69	1.01
Chile	.69	.88

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Mundial de Valores

Como puede verse en la tabla 3 la media de participación en organizaciones civiles o voluntarias aumentó en los 4 países analizados. Como en el caso de la participación no convencional, Brasil aparece como el país con mayores niveles de activismo organizacional.

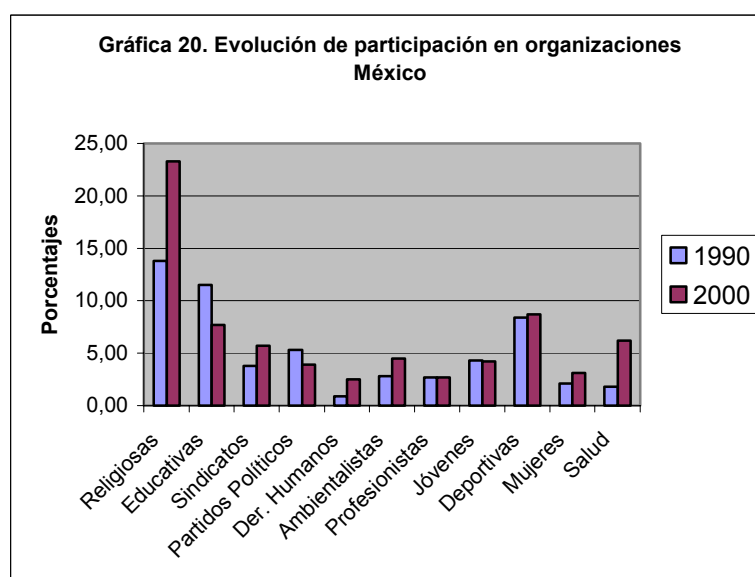
⁴ Los otros países incluidos fueron: Argentina, Bolivia, Chile, Costa Rica, México, Perú y República Dominicana.

⁵ En este caso sólo pudimos incluir 4 países: Argentina, México, Chile, Brasil ya que no pudimos obtener datos para los demás países.



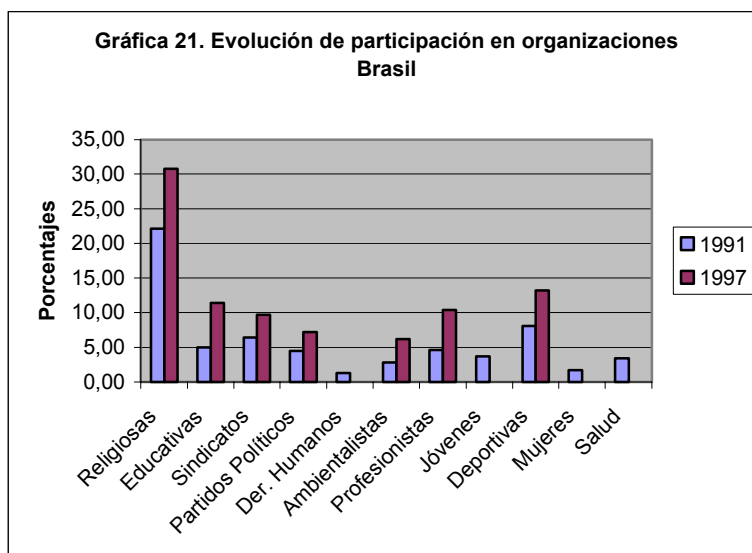
Fuente: elaboración propia.

En el análisis por país podemos observar en la gráfica 19 que para el caso argentino hay un incremento en los niveles de participación entre 1991 y 1999 en casi todos los tipos de organización incluidos en el estudio con excepción de las asociaciones de profesionistas y los partidos políticos. El aumento más sustantivo fue el que experimentaron las organizaciones religiosas en las que la membresía aumentó de 7.2 por ciento e ciudadanos en 1991 a casi 16% en 1999.



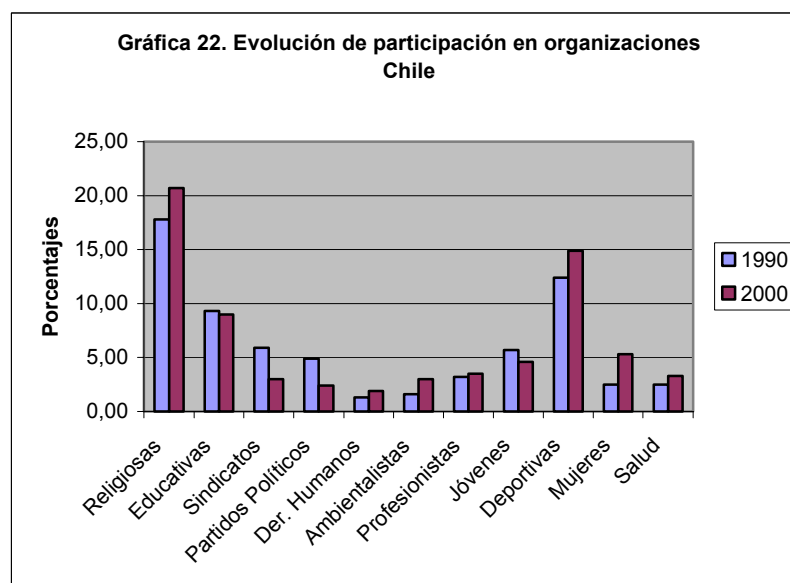
Fuente: elaboración propia.

El caso mexicano es similar al argentino. La participación y membresía en todas las organizaciones incluidas en el estudio creció, salvo en las educativas/culturales y en los partidos políticos. Las organizaciones religiosas fueron las que registraron un crecimiento mayor al pasar de 13.8 % de ciudadanos que participaban en éstas en 1990 a 23.3% que lo hacías en 2000. Las organizaciones dedicadas a la salud también tuvieron un crecimiento importante en sus filas al pasar de 1.8% de ciudadanos que tomaban parte en ellas en 1990 a 6.2% que lo hacían en 2000. Esto muy probablemente se debe a que con las políticas descentralizadoras de salud, el estado dejó muchos huecos de atención sanitaria que tuvieron que ser llenados por la sociedad civil.



Fuente: elaboración propia.

En el caso de Brasil la membresía de todas las organizaciones creció de forma importante. La mayoría de organizaciones voluntarias (62%) se formaron desde principios de los noventa y su ritmo de crecimiento ha ido en aumento. Fue de 88% entre 1970 y 1980; 124% entre 1980 y 1990 y de 157% entre 1996 y 2002. Es importante mencionar que 26% de las organizaciones son religiosas (que son las que han crecido más) dedicadas a actividades confesionales. Al igual que en los demás países la repercusión de los nuevos movimientos sociales puede verse reflejada en el crecimiento de los ciudadanos que participan en organizaciones ambientalistas (que crecieron en Brasil de 389 en 1996 a 1591 en 2002) y de mujeres.



Fuente: elaboración propia.

Por último, en Chile se registran aumentos en la membresía y participación de los ciudadanos en casi todos los tipos incluidos con excepción de las educativas/culturales, sindicatos y nuevamente los partidos políticos. Claramente la membresía en organizaciones religiosas, a través de las cuales se realizan actividades de ese ámbito, fue la que creció más.

En general puede observarse que se confirma que los partidos políticos pierden popularidad también en términos de membresía, la cual disminuye en tres de los cuatro países analizados. Por el contrario las organizaciones religiosas parecen ser cada vez más atractivas para los ciudadanos.

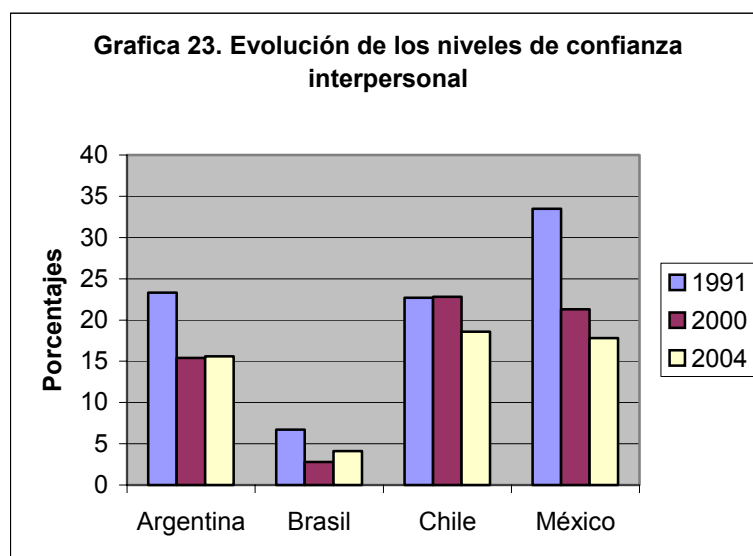
Pero, ¿cuáles pueden ser las repercusiones políticas de esos aumentos en el activismo organizacional?

Autores como Tocqueville, John Stuart Mill o Durkheim pusieron énfasis en la importancia de la sociedad civil y las asociaciones voluntarias como elementos fundamentales de la democracia. Un poco más tarde surgieron las teorías sobre el llamado capital social basadas en las ideas de Pierre Bourdieu y James Coleman, que destacaban la importancia de lazos sociales y normas compartidas para el bienestar social y la eficiencia económica. En *Making Democracy Work* (1993) y en *Bowling Alone* (2000) Robert Putnam relaciona la idea de capital social con la importancia de las asociaciones civiles y organizaciones voluntarias en la participación política y el buen funcionamiento del gobierno. Para Putnam el capital social se define como “las conexiones que existen entre los individuos—redes sociales, normas de reciprocidad y de confianza que surgen entre ellos y que les permiten actuar colectivamente de forma más eficiente para lograr objetivos comunes (Putnam 2000, p. 9). Más aún, el concepto se entiende como un fenómeno estructural (redes sociales) y un fenómeno cultural (normas sociales).

De acuerdo con Putnam, las redes sociales tienen importantes beneficios generales pues incrementan los costos potenciales de un infractor en cualquier transacción individual; promueven normas de reciprocidad, facilitan la comunicación y mejoran el flujo de información sobre la confiabilidad de los individuos. Por ende, si las redes horizontales de la participación ciudadana ayudan a los individuos a resolver dilemas de acción colectiva, entonces a mayor horizontalidad en la estructura de una organización, mayor deberá ser su impacto en la comunidad. Así, la membresía en organizaciones horizontales debe estar correlacionada positivamente con el buen funcionamiento del gobierno y por ello con la democracia (Putnam, 1993:175). Asimismo, otros autores también señalan que la participación en organizaciones civiles promueve valores democráticos como tolerancia, moderación sentido de compromiso y respeto a otros puntos de vista (Diamond 1994).

Sin embargo, la relación entre una mayor participación y democracia o buen gobierno no es tan directa. Existe una variable que parece mediar en esta relación, la confianza, es decir la dimensión cultural o cognitiva del capital social. De hecho Norris (1992) encuentra que en una selección de 47 países de varias regiones del mundo, efectivamente las ciudades con mayores niveles de capital social son también las más afluentes. Pero es muy importante señalar que al echar un vistazo y desglosar los componentes de del capital social (estructural y cognitivo) es la confianza social o interpersonal la que se relaciona significativamente con el desarrollo económico, y no la propensión a participar en organizaciones voluntarias. Muy probablemente pasa lo mismo con la democracia. Así Uslaner (1999) señala que es la confianza generalizada, y no la personalizada, la que puede generar redes sociales densas e instituciones interdependientes en donde el conflicto se minimiza y la negociación prevalece.

Al analizar la evolución de la confianza interpersonal en los países seleccionados los resultados no son muy alentadores.



Fuente: elaboración propia.

En tres de los cuatro países seleccionados la confianza interpersonal⁶ experimenta una caída nada despreciable de 1991 a 2004. Sólo en Brasil hay un ligero aumento, pues de 2.8 % de ciudadanos que dijeron tener confianza en los demás en 2000, pasó a 4.1% en 2004. Sin embargo, los niveles de confianza interpersonal en Brasil son excesivamente bajos. Esta diferencia tan grande entre Brasil y el resto de los países latinoamericanos se ha vuelto tema de diversos análisis. Power (2002) la atribuye a que la educación y la desigualdad social son predictores importantes de la confianza. Brasil presenta un desempeño inferior a sus vecinos en ambas variables por lo que según el autor estas variables pueden ser la causa de la poca confianza interpersonal de sus ciudadanos.

Tabla 4. Correlaciones entre participación no convencional y tipo de organización

	Argentina	México	Chile	Brasil
Religiosas	.018	.060*	-.037	.052
Culturales	.138**	.153**	.088**	.113**
Sindicatos	.114**	.070**	.138**	.086**
Partidos políticos	.227**	.128**	.187**	.109**
Derechos humanos	.063**	.052**	.116**	nd
Ambientalistas	-.006	.039	.073*	.092*
Profesionistas	.182**	.067**	.070*	.129**
Deportivas	.068*	.048	.093**	.096**
Jóvenes		.055*	.063*	nd
Mujeres	.083*	.172**	.019	nd
Salud	.058*	.049	.068*	nd
Correlación entre participación no convencional y membresía en cualquier organización	.210**	.174**	.162**	.193**

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Mundial de Valores 2000-2001.

Las correlaciones se calcularon con r de Pearson.

* significativo al .1

**significativo al .05

Un hallazgo interesante es la relación que existe entre la membresía en organizaciones y la participación no convencional (ver tabla 4). En los cuatro países seleccionados el ser miembro de una organización voluntaria aumenta la probabilidad de que el ciudadano participe en algún acto político no convencional. Es decir existe una relación positiva y significativa estadísticamente entre las dos variables. Este resultado refuerza la idea de que las organizaciones civiles son un agente de movilización importante, que no siempre convoca a sus agremiados a actuar mediante canales de participación ortodoxos. También apunta a la idea de que los individuos que aprenden que otros con quien se identifican a través de un grupo consiguen algo a través de medios no convencionales tenderán a reforzar este comportamiento.

Si desglosamos por tipo de organización podemos observar que ser miembro de una organización religiosa, salvo en México, parece no afectar la probabilidad de que un individuo opte por realizar algún acto de política no convencional. Como era de esperarse, la membresía en partidos políticos presenta una correlación muy alta con participación no convencional, pues los partidos son el agente de movilización por excelencia. Es interesante observar que la correlación entre la membresía en sindicatos y participación no convencional es alta en Chile (es la más alta en Chile) y Argentina y baja en Brasil y México.

⁶ La pregunta es: Hablando en general, ¿diría usted que se puede confiar en la mayoría de las personas o que uno no es nunca lo suficientemente cuidadoso en el trato con los demás?

Nota final

A partir de los datos y tendencias que hemos presentado, ¿qué se puede concluir? ¿Se puede hablar de un proceso de alienación política en América Latina? Los datos sobre participación electoral y sobre confianza institucional apuntan en esa dirección. A diferencia de lo que podría pensarse, la participación no convencional no ha ido en aumento, por lo menos en el periodo analizado. Por el contrario, el activismo en organizaciones civiles y voluntarias sí ha crecido. Estos resultados pueden leerse desde dos ángulos distintos.

Por un lado, y de acuerdo con las teorías de capital social, aunque los ciudadanos se encuentren desencantados de la política, el hecho de que aumente su membresía y participación en organizaciones civiles puede repercutir en el mediano plazo en una democracia de mayor calidad. Sin embargo, si el activismo en las organizaciones civiles no genera aumentos en la confianza interpersonal o social (elemento que diversos autores destacan como esencial para el buen funcionamiento de la democracia), es poco probable que la primera tenga un impacto positivo en la democracia. Asimismo, la relación encontrada entre activismo organizacional y participación no convencional puede generar, si el primero aumenta, retos importantes para las democracias no consolidadas de América Latina. Por su naturaleza, los modos de participación política no convencional o de protesta, basados en la acción directa, van en contra del modelo tradicional de intermediación de intereses de las democracias contemporáneas. Hay quienes sostienen incluso que, al poner en entredicho el *status quo*, los mecanismos de protesta pueden desbordar el sistema político (Huntington, 1981; Crozier, 1974). Esto podría no representar un problema en democracias consolidadas con instituciones sólidas. No obstante, en democracias jóvenes como las latinoamericanas, en donde la sombra de la desconfianza en los principales actores políticos es la constante, la amenaza puede ser más problemática.

Relacionado con lo anterior, el marcado desinterés y la profunda desconfianza de los latinoamericanos hacia la política son elementos que deben preocupar y mantenerse en la mira. Esta situación de abulia política sólo puede removerse en la medida en que la misma población vea como necesaria la figura del político y los partidos para que el país funcione. Acaso la solución al dilema pueda encontrarse por un lado, en la integración de la profesionalización de éste y en la potenciación de las instituciones de control horizontal de su actividad. Por otro, la tarea de los partidos es titánica, recuperar la confianza perdida de los ciudadanos demostrando eficiencia cuando les toque ser gobierno y respetar las reglas democráticas cuando les toque ser oposición.

Referencias bibliográficas

- ACUÑA, Carlos y SMITH, William. The Politics of 'Military Economics' in the Southern Cone: Comparative Perspectives on Democracy and Arms Production in Argentina, Brazil and Chile. *Political Power and Social Theory*. 1995, vol, 9, p.121-157.
- ALCÁNTARA, Manuel. Los partidos políticos en América Latina: la fachada y las ruinas. *Fractal* n° 22, julio-septiembre, 2001, año 6, volumen VI, p. 107-132.
- BARNES, Samuel y KAASE, Max. *Political Action: Mass Participation in Five Western democracies*. Beverly Hills, CA: Sage, 1979.
- BOOTH, John y SELIGSON, Mitchell A. eds. *Political Participation in Latin America, Vol. I. Citizens and State*. Nueva York: Holmes and Meier Publishers. 1978.
- BOURDIEU, Pierre. *Reproduction in Education, Culture and Society*. Londres: Sage, 1970.
- COLEMAN, James S. *Foundations of Social Theory*. Cambridge, MA: Belknap Press, 1990.
- COLEMAN, James S. Social capital in the creation of human capital. *American Journal of Sociology*. 1988, vol, 94, p. 95-120.
- DALTON, Russell. *Citizen Politics*. Chatham, NJ: Chatham House, 1996.
- DALTON, Russell y KUECHLER, Manfred. *Los Nuevos Movimientos Sociales*. Valencia: Edicions Alfons El Magnanim, 1992.
- DIAMOND, Larry. Toward Democratic Consolidation. *Journal of Democracy*. 1994, vol, 5, p. 4-17.
- DRAKE, Paul. *Labor Movements and Dictatorships: The Southern Cone in Comparative Perspectives*. Baltimore, Md.: The Johns Hopkins University Press, 1996.

ESCOBAR, Arturo y ALVAREZ Sonia, eds. *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy, and Democracy*. Boulder, Colorado: Westview Press, 1992.

FLOWERAKER, Joe. *Theorizing Social Movements*. Londres: Pluto Press, 1995.

FRANKLIN, Mark. Electoral Participation. En LEDUC, Lawrence ; NIEMI, Richard G.; NORRIS, Pipa. eds. *Comparing Democracies: Elections and Voting in Global Perspective*. Thousand Oaks, CA: Sage, 1996.

GAXIE, Daniel. Le vote comme disputation et comme transaction. En GAXIE, Daniel. *Explication du vote: un bilan des études électorales en France*. Paris: Presses de la Fondation nationale des Sciences Politiques, 1989.

HUNTINGTON, Samuel. *American Politics The Promise of Disbarmony*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1981.

LECHNER, Norbert. La política no es lo que fue. *Nueva Sociedad*, 1996, vol. 144, Caracas: Julio & emdash.

LEVINE, Daniel H. *Popular Voices in Latin American Catholicism*. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1992.

LIJPHART, Arend. Unequal participation: democracies' unresolved dilemma. *American Political Science Review*, 1997, vol. 91, p. 1-14.

MAINWARING, Scott y SCULLY, Timothy, eds. *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*. Stanford, Calif., Stanford University Press, 1995.

MARSH, Alan. *Protest and Political Consciuosness*. Beverly Hills, CA: Sage, 1977.

MULLER, Edward. *Aggressive Political Participation*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1979.

NORRIS, Pipa. *Democratic Phoenix*. Nueva York:Cambridge University Press, 2002.

O'DONNELL, Guillermo. Illusions about Consolidation. *Journal of Democracy*. 1996, vol. 7, p. 34-51. 1996.

POWER, Timothy. La Confianza Interpersonal Brasileña en una Perspectiva Conparada. *América Latina Hoy*, 2002, Vol.32, p.91-115.

PUTNAM, Robert. D. *Bowling Alone: The Colapse and Revival of American Community*. Nueva York: Simon &Schuster, 2000.

PUTNAM, Robert. D. *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press, 1993.

ROBERTS, Kenneth M. Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case. *World Politics*, 1995, vol. 48, p. 82-116.

ROSANVALLON, Pierre. *La nouvelle question sociale: repenser l'Etat-Providence*. Paris: Seuil, 1995.

SMITH, William C., ACUÑA, Carlos H, y GAMARRA Eduardo, eds. *Latin American Political Economy in the Age of Neoliberalism Reform: Thoeretical and Comparative Perspectives for the 1990s*. Coral Gables, Fla.: University of Miami North-South Center, 1994.

USLANER, Eric. Volunteering and Social Capital: How Trust and Religion Shape Political Participation in the United States. En DEKKER, Paul. *Social Capital and Volunteering*, ed. La Haya: Social and Cultural Planning Bureau.

VITULLO, Gabriel. Participación electoral, comportamiento político y desestructuración social en Argentina y Brasil. 168.96.200.17/ar/libros/levy/vitullo.pdf